

gobierno de hecho, á la cabeza del cual se encontraba el General Porfirio Díaz.

En los capítulos siguientes, veremos cómo cumplió este Jefe, las promesas que hizo á la Nación, y cuál ha sido la influencia de su gobierno sobre sus destinos.

Empañó las riendas del gobierno el Sr. Porfirio Díaz, que en aquella época era Presidente de la Suprema Corte de Justicia y que se le atribuye la autoría de la Constitución de 1857, en sus últimos tiempos de absolutismo.

Los directores intelectuales de la revolución de 1857 y el mismo General Díaz, queriendo aparecer que respetaban hasta cierto punto la forma y no pasaban abiertamente la Constitución, habían celebrado un tratado con el Sr. Juárez — llamado tratado de la Capilla — según el cual este empujaba las riendas del gobierno, como lo correspondía al Presidente de la República, desde el momento en que el Sr. Juárez había abandonado las riendas del gobierno y luego se convocaría á la Nación para elecciones de nuevo Presidente de la República, siendo el candidato oficial el Sr. Díaz.

A pesar de estos convenios y de los ofrecimientos del Sr. Díaz, el General Díaz, después de la victoria de Tecoa, marchó directamente á la Capital en donde se hizo proclamar Presidente de la República por sus fuerzas victoriosas.

El señor Juárez, siguiendo el ejemplo del señor Juárez, abandonó el Territorio Nacional.

Habia dejado de subsistir el Gobierno Constitucional que existía desde el año de 1857 y se había establecido en su lugar, una dictadura militar, un

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

El Sr. Porfirio Díaz es de carácter

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

esta compleja robata, por lo que

EL GENERAL DIAZ, SUS AMBICIONES, SU POLITICA

MEDIOS DE QUE SE HA VALIDO PARA

PERMANECER EN EL PODER.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

.....

Hasta ahora hemos conocido al Sr. General Porfirio Díaz como valeroso caudillo en la guerra de la Independencia, y más tarde como incansable revolucionario, como constante perturbador de la paz; veamos ahora qué conducta ha observado como gobernante; pero antes de proseguir nuestra narración, abramos un paréntesis para estudiar la interesante personalidad del hombre que ha sido por más de 30 años, árbitro de los destinos de nuestra Patria. Poco tendremos que decir de él, pues después de gobernar el país por tanto tiempo, ha llegado á ser la encarnación de un principio: el del poder absoluto; mientras que sí tendremos que ser

muy extensos al tratar de las consecuencias de su sistema de gobierno.

*
* *

Su carácter. El Gral. Porfirio Díaz, es de estatura alta, complexión robusta, porte marcial, mirada penetrante, su semblante revela la energía y la tenacidad de su alma; al verlo, aun en fotografía, se le nota un aspecto de esfinge; parece que encierra un gran misterio; que oculta cuidadosamente en el fondo de su alma un pensamiento, una idea fija, que sólo se manifestará incidentalmente por hechos trascendentales, pero que normará los actos de su vida toda.

Ese misterio que procuraremos descifrar, nos dará la clave de muchos de sus actos que no podrán explicarse de otra manera.

La energía de su carácter la ha aplicado al dominio de sí mismo, pues sólo el hombre que sabe dominarse, puede dominar á los demás.

Como resultado de ese dominio, es muy metódico en todos sus actos, sobrio en el comer y en el beber, lo cual le permite ser siempre dueño de sí mismo; además, es sumamente madrugador é incansable para el trabajo.

Este régimen, le ha permitido á los 78 años conservar relativamente un gran vigor material é intelectual, pues para un hombre de tan avanzada edad, es asombrosa la labor que desempeña.

Su vida privada es intachable; como padre de familia, ha sabido dirigir con acierto la educación de sus hijos, como lo demuestran las grandes virtudes de sus hijas y la circunspección, corrección,

modestia y actividad de su hijo; como esposo, es un modelo, pues á su distinguida compañera la trata con todas las consideraciones y cariño que merece.

Estas virtudes domésticas nos revelan que la alta personalidad que venimos estudiando, no es un hombre vulgar como lo quieren hacer aparecer sus enemigos.

El Gral. Díaz, se conmueve fácilmente: «lágrimas de cocodrilo,» dicen sus detractores; pero para formular ese juicio, sólo los guía la pasión, la cual les impide comprender que las lágrimas nunca son fingidas, pues nadie tiene el poder de hacerlas brotar á voluntad.

Por este motivo y por el modo de ser del Gral. Díaz, nosotros sí las juzgamos sinceras, pues bajo su semblante de bronce, late una alma humana, y como humana, sensible.

Esa sensibilidad no es una prueba de debilidad y menos aún en el General Díaz, que nos ha demostrado cómo sabe dominar hasta ese sentimiento, para subordinarlo, como todos los actos de su vida, á la idea fija, dominante, que hemos descubierto en el fondo de su alma.

Como administrador, siempre ha sido íntegro, de lo cual dió una prueba brillante cuando entregó al Sr. Juárez \$300,000.00 que tenía como sobrante en la caja del cuerpo de su ejército.

Muchos de sus enemigos aseguran que se ha enriquecido considerablemente en la Presidencia, y que tiene como unos \$60,000,000.00 en el extranjero, pero no aducen ningunas pruebas, porque pretenden que sería muy difícil y muy peligroso

buscarlas bajo el régimen actual de gobierno. Por este motivo, generalmente se dá crédito á los rumores más absurdos; pero nosotros, fieles á nuestro propósito de hacer un estudio concienzudo, decimos resueltamente que no damos crédito á tales rumores, fundándonos en sus costumbres tan sencillas, en la educación que ha dado á su hijo, haciéndolo que trabaje para que forme de un modo lícito su fortuna; en que su administración, se ha distinguido por el orden en el manejo de los caudales de la Nación, sin el cual hubiera sido imposible nivelar los presupuestos y presentar sobrante en la Tesorería. Además, un hombre que tuviera tal sed de dinero, sería un ente vil, completamente despreciable, y nunca hubiera tenido ni la energía, ni el prestigio suficiente para dominar por más de 30 años á la República, pues felizmente, no está á tal punto perdida la dignidad nacional.

El Gral. Díaz en sus actos ha dado siempre pruebas de gran modestia, pero no cabe ni duda que le agrada la lisonja y que esa modestia no es sino aparente; no es sino el resultado del gran dominio que ejerce sobre sí mismo, que le hace dar á todos sus actos la apariencia que él desea, para que coadyuven al fin que tenazmente persigue, á la realización de la idea fija de que ya hemos hecho alusión.

Lo anterior es demasiado conocido, pues todo el mundo sabe los elogios exagerados que hacen al Gral. Díaz los órganos subvencionados con fondos del gobierno, y todos los que por cualquier motivo reciben sueldo de la Nación.

Además, el hecho de haber permitido que se de-

clarara día de fiesta nacional el 2 de Abril, denota muy poca modestia.

El debe comprender que no es á sus contemporáneos á quienes toca juzgar sus actos, sino á la historia, y hubiera sido más prudente esperar el fallo de ésta, no dando su consentimiento para que se celebrara ese aniversario, puesto que corre gran peligro de que no se vuelva á celebrar después de su muerte.

Como una prueba de tantas que podría citarse, de la exagerada adulación de sus amigos, vamos á referir el siguiente caso:

Por casualidad, llegó á nuestras manos un librito impreso el presente año que se llama «El ejemplo de una vida» «Porfirio Díaz y su obra» «Para los niños; para los obreros, para el pueblo;» el cual era distribuido profusamente en Monterrey por el elemento oficial. En ese librito, cuyo autor ocultó prudentemente su nombre, quizá porque se avergüenza él mismo de su obra, en la página 24, al pie de una fotografía del General reaccionario Leonardo Márquez, dice lo siguiente. «.....
.... el General Díaz lo derrotó siempre, desde el primer encuentro en Jalatlaco, en que venció con 272 hombres, á cerca de 4,000 con 11 Generales entre ellos los Cobos y Negrete.....»

Esa es la inexactitud más estúpida, pero vienen muchas otras por el estilo.

Esa obra, probablemente se imprimió con fondos del gobierno, pues no es de esperarse que un particular anónimo, hiciera ese gasto tan fuerte; pero de cualquier modo que sea, en lo que sí no puede ca-

ber duda, es que ha circulado con el consentimiento, por lo menos tácito, del Gral. Díaz.

Otro hecho bastante significativo y que demuestra que al General Díaz no solamente le agrada la lisonja, sino que vé con desagrado que se tributen elogios á otro que á él, es el de que no haya permitido que en la Capital de la República se erija un monumento á Juárez; cosa rara, si se tiene en cuenta que el General Díaz, por la posición oficial que ocupa, debía ser el más celoso guardián de las glorias nacionales y debía tener predilección especial por el Indio de Guelatao, hijo de su mismo Estado natal; su correligionario y jefe durante la sangrienta guerra de Reforma; su bandera durante la guerra de Intervención y á quien se han erijido monumentos en todo el Territorio Nacional, con motivo de su centenario.

Idea fija del General Díaz. Hemos visto cuales son las grandes virtudes del estadista de quien nos venimos ocupando, también hemos descubierto algo de vanidad, tras su aparente modestia, procuremos ahora descifrar el misterio que oculta bajo su aspecto de esfinge; la idea fija que nos revela su semblante, su mirada.

Aparentemente encontramos grandes contradicciones en sus actos:

Cuando por primera vez se levantó en armas contra el gobierno constituido, decía en su proclama de la Noria «..... En el curso de mi vida política he dado suficientes pruebas de que no aspiro al poder, á cargo ni empleo de ninguna clase;.....» y vemos que al triunfar en Tacoac,

se fué directamente á la Capital de la República y tomó posesión de la silla presidencial que con solo un intervalo de cuatro años ha ocupado desde entonces.

Por dos veces ha ensangrentado el país con la guerra civil, para conquistar el principio de no-re-elección, y á pesar de eso, él se ha reelegido cinco veces y apoyado á los Gobernadores de los Estados para que hagan otro tanto.

Mientras estuvieron en el poder los Sres. Juárez y Lerdo, fué el constante perturbador del orden, y después que él ha empuñado las riendas del poder, se ha convertido en el héroe de la paz.

Cuando el General Díaz hizo sus revoluciones, no tuvo en cuenta que la Nación necesitaba más que nunca, de la paz para consolidar su crédito en el extranjero, á fin de poder restañar sus heridas; mientras que ahora ha llegado á dar gran importancia al hecho de que los bonos del gobierno bajaran algunos puntos cuando él estuvo enfermo en Cuernavaca.

Por último, lo vemos conferir puestos públicos de importancia á los que han sido sus enemigos y aun á los que han conspirado contra su vida, mientras persigue á algunos de los que fueron sus amigos, que lucharon con las armas en la mano porque él subiera al poder y que profesan sus mismos principios democráticos.

Estas aparentes contradicciones nos servirán admirablemente para descubrir cuál es la idea fija del General Díaz; cuál es el móvil de todos sus actos:

En su proclama de la Noria decía que no tenía

ninguna ambición para ocupar puestos públicos y después de Teacoac ocupa la Presidencia á pesar de los convenios de la Capilla.

Esto nos demuestra que no eran sinceros sus ofrecimientos de la Noria y lo que quería era el apoyo de la Nación para llegar á la Presidencia.

Si proclamaba en sus planes revolucionarios el principio de no-reelección, era porque comprendía que la Nación juzgaba como él, que era peligrosa para los principios democráticos la reelección indefinida de los gobernantes, y que proclamando este principio, lo ayudaría en su lucha contra el gobierno, y eso era lo que él buscaba por lo pronto, pues una vez en la silla presidencial, él sabría bien conservarla, aun contra la voluntad nacional.

Si el verdadero móvil que lo guiara para conservar la paz, fuera la conveniencia de la Nación, ¿por qué no puso su espada al servicio de Juárez y de Lerdo para desde entonces haberla consolidado?; ¿por qué, en vez de observar conducta tan noble fué el constante perturbador de ella, acarreado males sin cuento á la Patria?

La contestación á estas preguntas es sencilla:

La paz, la conserva ahora con tanto empeño, no tanto por amor á la patria, sino porque es el medio más eficaz para conservar indefinitivamente el poder.

¿Por qué no se preocupaba del crédito de la Nación cuando no ocupaba la presidencia y ahora es tan celoso de él?

Por la misma razón, porque el crédito en manos de sus antecesores, hubiera robustecido sus gobiernos y se le hubiera dificultado más quitarles el poder;

y ahora que él lo tiene, necesita del crédito para afianzarse más y más en la silla Presidencial.

¿Que por qué confiere puestos públicos á sus enemigos y persigue á los que han sido sus amigos y profesan sus mismos principios democráticos?

Pues sencillamente, porque el Gral. Díaz no tiene pasiones políticas, y solo considera como enemigos á los que pueden entorpecer sus proyectos, y amigos á todos los que le ayudan. Así, tan pronto como sus enemigos capitulan, ó los ha nulificado, deja de considerarlos como tales y más bien procura atraerlos á su lado, dándoles puestos públicos de importancia. En cambio, si sus amigos, por la rectitud en sus principios ó por su ambición personal, llegan á ser un estorbo, ó una amenaza para su poder, deja de considerarlos como amigos y los persigue tenazmente hasta que los nulifica de cualquier modo que sea.

De lo anteriormente expuesto, resulta que la idea fija del Gral. Díaz, era, mientras no tenía el poder, conquistarlo á toda costa y una vez en su posesión, no desprenderse de él por ningún motivo.

Para la realización de esta idea, no vacilará en promover sangrientas revoluciones; en perdonar á sus enemigos desde que capitulen; en perseguir á sus amigos cuando constituyan un estorbo para sus fines; en engañar á la Nación y aun á los amigos que lo ayudaron en sus levantamientos.

Pero para conservar el poder de una Nación belicosa, se necesita no exacerbarla, y veremos cómo el Gral. Díaz hará á la Nación el mayor bien que le sea posible, siempre que sea compatible con su reelección indefinida.

Medios de que se ha valido para conservar el poder. Hemos encontrado cual es la idea fija del Gral. Díaz, cual es el móvil de todos sus actos, veamos ahora de que medios se ha valido para conservar el poder por tantos años.

Desde luego puede afirmarse que cuando un pueblo se levanta en armas para conquistar un principio, el jefe de ese movimiento se haya investido de poderes dictatoriales, omnímodos, y como á ese jefe y al uso que hizo de sus facultades debe la Nación el triunfo anhelado, resulta que deja al frente de sus destinos al mismo jefe con los mismos amplísimos poderes.

El hombre que llega al poder en estas circunstancias, se encuentra por consiguiente, investido con los poderes más amplios que pudiera desear, afianzados por la simpatía del pueblo y su inmenso prestigio.

En tales circunstancias, esos hombres, si cumplen con las promesas que hicieron á su patria, llegan á prestarle servicios de incalculable importancia; pero en la mayoría de los casos sucede que esos afortunados militares, una vez obtenido el triunfo, se sienten embriagados por la victoria y mareados por la adulación, y olvidan las promesas que hicieron á la Patria, y olvidan que sus éxitos los debieron á la fuerza de los principios que proclamaban; á la fuerza de la opinión pública y á la ayuda del pueblo.

La historia nos presenta muchos casos de infidencias de esa naturaleza; habiendo tenido para los

infidentes, resultados diversos según la conducta que observaron en el poder.

Cuando de un modo franco y audaz han intentado burlar las promesas hechas al pueblo, generalmente han caído bajo el peso de su desprestigio, como le pasó al Gral. Comonfort, cuyo gobierno no pudo subsistir ni ocho días á su golpe de Estado; siendo que, cuando estuvo amparado por la legalidad y cumplió fielmente sus promesas enerradas en el Plan de Ayutla, su gobierno parecía incommovible. En cambio, cuando el afortunado militar que llega al gobierno de ese modo, tiene gran tacto, y respetando la forma va estableciendo su poder absoluto por medio de una red de funcionarios que le son adictos, y que se extiende invadiéndolo todo; cuando va usurpando una á una todas las funciones del poder; cuando va minando lentamente las instituciones sin que nadie se de cuenta de éllo y que á la vez impulsa el desarrollo material para aturdir los espíritus, entonces puede establecer seguramente una dictadura duradera y oprimirá á su patria cada vez más, sin que ésta pueda darse cuenta de éllo, pues habrán desaparecido los que podrían guiarla; tanto sus escritores, sus pensadores como sus caudillos, habrán sucumbido ante las seducciones del nuevo César ó habrán caído bajo el peso de su espada omnipotente.

No es grandeza de alma lo que se necesita para seguir esa conducta, sino astucia, paciencia, hipocresía.

Frecuentes ejemplos de esta naturaleza nos presenta la historia, pero el que tiene más semejanza con el método seguido por el General Díaz para

absorber en sus manos todo el poder, lo encontramos en la vida de Augusto, que acabó con las libertades romanas, á la vez que con las causas de su grandeza y dió principio, con su despotismo, á la era de la decadencia de aquel gran imperio.

Tácito describe del siguiente modo, los medios de que se valió Augusto para absorber todo el poder en sus manos: «Desde que hubo seducido al soldado con sus dádivas; al pueblo con sus distribuciones de trigo, á todos por el encanto del reposo, principió á elevarse poco á poco, á atraer hacia él todas las fuerzas del Senado, de los Magistrados, de las leyes. Nadie se oponía: los republicanos más dignos habían sucumbido en las batallas y en las proscripciones; los nobles que quedaban, se elevaban en riquezas y en honores á medida que aumentaba su servilismo; aquellos que habían sido elevados por los nuevos acontecimientos, amaban más el presente y su seguridad, que el pasado con sus peligros.

Tratando del mismo asunto dice Montesquieu lo siguiente:

«Augusto (este es el nombre que la adulación dió á Octavio) astuto tirano, condujo á los romanos á la servidumbre.

No es imposible que aquello que más le deshonoraba haya sido lo que le sirvió mejor. Estableció el orden, es decir, una servidumbre duradera; pues en un Estado libre, en donde se acaba de usurpar la soberanía, se llama regla, todo lo que puede establecer la autoridad sin límites de uno solo; y se llama disturbio, disensión, mal gobierno,

todo lo que puede mantener la honrada libertad de los sujetos.

El Sr. Beule en el Proceso de los Césares, comenta la política de Augusto de un modo magistral en las siguientes frases:

«Que Augusto haya singularmente desarrollado con su habilidad lo que yo llamo la «almohada política,» ese sentimiento suave, fácil, amable que dispensa á los ciudadanos del peso de sus negocios; que en los días de crisis y de peligro, en que es necesario mostrar que se tiene corazón, los dispensa también de la energía necesaria para resistir; que les haya dicho: «vivid tranquilos, ahí tenéis granos, tenéis juegos, la paz está asegurada, el templo de Juno está cerrado;» todo está muy bueno, pero es el sueño á la sombra de un árbol venenoso; pero también sabéis que Roma y las provincias han visto levantarse fortunas escandalosas, sobre todo, entre los amigos del príncipe»..

«En las épocas de conmoción y de sacudimiento, cuando la hez de la sociedad sube á la superficie, se vé surgir cierto número de hombres que han pasado su juventud, sin tener para nada en cuenta las leyes civiles ni las prescripciones más delicadas de la conciencia ó del honor, y que no ven más que un fin, la satisfacción de sus pasiones. Esas gentes están listas para intentarlo todo el día que pueden pisotear las leyes y la justicia. Desde muy temprano han aprendido á despreciar la opinión, á los hombres honrados, los juramentos, la libertad, la patria, y á no reconocer más divinidad que la fuerza. Estos son ambiciosos de alta gerarquía,

pues la depravación es una escuela terrible de ambición, de audacia y de servilismo.

«Los otros, mucho más numerosos, que son gentes bastante honradas; afeminados, más bien que delicados; más bien acomodaticios que convencidos, sin energía, si no es para el placer; egoístas y únicamente preocupados en su bienestar; amantes de la buena mesa; de los teatros; de los paseos bien trazados; de las calles cómodas y tranquilas; que los molesta una hoja de rosa en su cama; en una palabra, éstos son los sibaritas; multitud creciente en las épocas de decadencia, que quiere la calma á todo precio, y que no se vuelve implacable sino cuando sus goces se ven amenazados.

Poco les importa que la libertad ó la dignidad del país estén en peligro; no piden más que la tranquila posesión de sí mismos y de sus amables vicios. Estas gentes aman el despotismo con furor; porque no quieren que se nuble su estado de satisfacción y de contento.

Ya vemos pues como el establecimiento del imperio que no pudo lograr César con toda su audacia, su grandeza y su gloria, lo obtuvo Augusto con su habilidad, su astucia y su hipocresía.

Por eso decíamos más arriba, que las cualidades de Augusto son las que se necesitan para establecer un gobierno absoluto en una República, pues para llegar á ese fin, se necesita no tener principios, saber ocultar constantemente su ambición, y poner más arriba de los intereses de la patria, la satisfacción de sus propias pasiones.

Ningún escritor reconoce grandes virtudes á Napoleón III, y sin embargo, logró establecer el po-

der absoluto en Francia, país republicano por excelencia y el más adelantado en el mundo en instituciones y prácticas democráticas. ¡Los franceses nunca se cansaron de lamentar las funestas consecuencias que trajo á su patria ese gobierno!

Esto viene á demostrar que para un hombre que ocupa el poder, y sobre todo cuando ha ascendido á él por medio de una revolución, es relativamente fácil conservarlo, si él se empeña en ello y observa una política moderada, pues los pueblos cuanto más se civilizan, más huyen de las revoluciones, y prefieren soportar un gobierno relativamente malo, que sufrir las desastrosas consecuencias de una revolución. Esto es cierto para los pueblos en su estado normal, pues cuando son víctimas de convulsiones políticas ó que acaban de sostener grandes guerras, entonces es difícil que ningún gobierno sea estable, porque después de esas sacudidas, quedan muchos gérmenes revolucionarios, muchos caudillos que premiar; en una palabra, la funesta plaga del militarismo de que hemos hablado; mientras que, por otra parte, existen pocos intereses cimentados á la sombra del gobierno constituido.

Para que en un país, en estado normal, pueda haber un cambio pacífico de las supremas autoridades, se necesita que el que lleva las riendas del gobierno tenga un gran patriotismo, que esté acostumbrado á respetar la ley, y que á ésta deba el poder que tiene, á fin de que pueda someterse en todos casos al fallo de la suprema ley de la opinión pública, ó bien, necesita tener una rara magnanimidad para no aceptar por más tiempo el poder

aunque tal sea el deseo de la Nación. De estos ejemplos encontramos uno grandioso en nuestras hermanas repúblicas de Sud América: en Bolívar, que por ningún motivo consintió seguir al frente del gobierno; contestando á los que le decían que era necesario para la patria que se volviera á reelegir: «La Nación cuya existencia depende de un solo hombre, no puede tener vida duradera». . . . y en nuestra vecina del Norte, dos ejemplares no menos sugestivos: Wáshington, el héroe de la independencia americana, no aceptando su segunda reelección, porque decía que se sentía ya menos demócrata con ocho años de habitar la Casa Blanca, y Roosevelt que prefirió la gloria de imitar el ejemplo del padre de la patria, en vez de seguir el consejo de sus amigos y los impulsos de su ambición personal.

Estos ejemplos son cada vez más frecuentes en las naciones civilizadas, en donde todo el mundo respeta la ley y en donde impera la fuerza del derecho y no el derecho de la fuerza, como en los pueblos atrasados.

Aun en la mayoría de las repúblicas centro y sud americanas, vemos esos cambios pacíficos y en Europa hemos presenciado el desmembramiento de un reino (el de Suecia y Noruega) sin efusión de sangre.

Como se ha visto, es más fácil que lo que á primera vista parece, conservar el poder, sobre todo cuando se ha llegado á él de un modo violento, si es ese el principal móvil del gobernante; siendo las principales razones las siguientes:

En todo pueblo por más avanzado que se en-

cuentre, no son muchos los pensadores, los escritores, los estadistas, los militares que dirigen la opinión pública, y de éstos, la mayoría no son de principios tan rectos ni de tan acendrado patriotismo, que rechazan perseverantemente las prodigalidades del Jefe del Gobierno y prefieren ser víctimas de toda clase de persecuciones, dando por resultado, que es fácil seducir á la mayoría; en cuanto á la minoría, todo se reduce á saberse deshacer de ella aprovechando la época de entusiasmo y, proceder con gran habilidad y paciencia, resultando, que cuando la Nación quiera darse cuenta de ese hecho, será porque todos los ciudadanos rectos, dignos é incorruptibles que podrían servirle de guías, han desaparecido, y ella misma se encontrará maniatada á los piés del ídolo elevado por sus propias manos.

Política centralizadora. Una vez expuesto lo anterior, veremos como llevó á la práctica el General Díaz estos principios generales para llegar á centralizar en sus manos la mayor suma de poderes que es posible, aun para un monarca autocrático.

Desde luego observamos en todos los actos de su gobierno, el sello de la idea fija que le conocemos, pues desde que ocupó la silla presidencial, todos han tendido á asegurar su permanencia en ella; pero no ha ido á su objeto brutalmente, con audacia, sino que ha procedido con cautela suma, valorizando con calma la importancia de los obstáculos que se atravesaban en su camino, los cuales procuraba más que vencer, hacer á un lado; en cuanto á las personas que se oponían á su política,